

María Dolores Boixadós

IDENTIDADES PERDIDAS

Relato de un enfermo de Alzheimer

editorial
MILENIO
LLEIDA, 2004

© María Dolores Boixadós, 2004
© de esta edición: Editorial Milenio, 2010
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición digital (e-pub): mayo de 2010
ISBN: 978-84-9743-366-2

Esta edición corresponde a los contenidos
de la primera edición en formato papel de julio de 2004

Nota previa

Este relato ha sido escrito con el propósito de ayudar y consolar a las familias que tienen un ser querido diagnosticado de sufrir una probable enfermedad de Alzheimer.

Tengo a mi alrededor libros, guías, folletos, vídeos, que tratan de explicar lo que se conoce como “demen-
cia senil”. Es tema que ha sido y sigue siendo extensa-
mente documentado. Se han hecho numerosas reco-
mendaciones y dado informaciones para indicar cómo
cuidar a estos enfermos y, a la vez, cómo deben cuidarse
los que se dedican a atenderlos, ya que se considera
ser ésta una condición primordial debido al estrés y
desgaste espiritual y material que tales desvelos pro-
ducen. Muchos familiares de enfermos diagnostica-
dos de padecer una probable enfermedad de Alzheimer
han escrito libros contando sus experiencias y deta-
llando cómo han ido venciendo los escollos con los
que han ido tropezando durante años hasta llegar al
final de la vida real del enfermo a su cuidado.

Los lectores que me sigan, y a los que yo expongo mis propias experiencias y dificultades, encontrarán indicaciones que puedan aliviar algunas inquietudes, desorientaciones, dudas y sufrimientos. Es muy fácil darse por vencido y ser incluso cínico ante las adversidades, pero no son sentimientos que puedo aconsejar. La ingenuidad, la curiosidad de querer comprender son más recomendables para aliviar la intensa angustia que se siente al cuidar a un ser querido afectado por la enfermedad de Alzheimer. Estos enfermos requieren personal y continua atención y el amor, junto con las demostraciones de cariño, son esenciales.

La tendencia de los estudios sociales y médicos actuales es la de que se haga énfasis en mantener y cuidar todo el tiempo que sea posible al enfermo en el propio hogar. La común y aceptada idea de que el gran incremento de enfermos seniles que viven en residencias, centros y hospitales geriátricos se debe al resultado del abandono por los propios hijos de los padres enfermos y que, por ello, es un claro síntoma de rompimiento del mundo familiar en la sociedad moderna urbana, está documentado estadísticamente y se demuestra que no se corresponde con la realidad. Se ha hecho estudios gerontológicos y se ha comprobado que apenas existe dicho abandono familiar voluntario. Incluso se ha encontrado, estadísticamente también, que la mayoría de las veces las mismas fami-

lias tardan más tiempo del que podría ser aconsejado en decidirse a ingresar a un ser querido en una institución. En los Estados Unidos, y lo uso como ejemplo, las estadísticas confirman que el 85% de los enfermos de Alzheimer reciben cuidados en sus propios hogares. Cerca del 75% del cuidado dispensado en el hogar lo realizan los familiares y amigos voluntarios. El 10% restante pertenece a los privilegiados económicamente, los cuales pueden pagar varios turnos de profesionales al día. Enriquece y alegra el alma comprobar que el materialismo de la sociedad moderna acuna todavía los aspectos profundos del amor que encierra el ser humano.

Sin duda alguna, debido al exclusivo y continuado cuidado que precisa recibir un enfermo de Alzheimer, se necesitan muchas más residencias y hospitales especializados. Los informes de profesionales, así como de los mismos familiares, señalan como principal razón de la escasez de instituciones especializadas, que las facilidades y servicios que existen en la comunidad y que resultan ser buenas para un demente senil tipo Alzheimer, no lo son para otro enfermo en parecidas condiciones que reside, a la vez, en el mismo centro. Es decir, el cuidado es *individual*, y uno solo de tales enfermos necesita el exclusivo servicio de un cuidador o de turnos de varias personas al día. Por ello, el gasto económico que ocasiona uno solo de los enfermos es arduo de sostener por parte de las insti-

tuciones actuales y el insuficiente desarrollo social de los sistemas de salud pública en el mundo occidental.

En los países que en la actualidad tienen un gran flujo turístico no es de extrañar que el sistema de vida social que se desarrolla con la creación de núcleos de entretenimiento de toda clase, *influya* tal comportamiento lúdico en los nativos y haya en ellos una mayor tendencia a *refugiar* a los que envejecen y a los dementes seniles en instituciones. Al comprobar, pues, que hay muchos enfermos de Alzheimer que están forzosamente recluidos en residencias sin poder recibir el individual y continuado cuidado y amor que requieren —y, por tanto, no deberían estar allí—, una alternativa que podría ser considerada es la de compensar económicamente a las familias que tienen bajo su cuidado a un ser querido enfermo de Alzheimer, ya que si hubiera que internarlo, ya hemos indicado que el gasto económico particular y el del Estado juntos que ocasiona un solo enfermo podría reinvertirse en el gasto realizado en el propio hogar al ayudar económicamente a la familia. Es una alternativa que se podría realizar.

A la enfermedad presenil y senil de tipo Alzheimer —una incurable demencia para hombres y mujeres— se la ha llamado la “enfermedad del siglo xx” y hemos entrado en los albores del siglo xxi con ella en incremento. También se la conoce peyorativamente con diversos nombres: “La epidemia silenciosa”, “Una

pesadilla de la que no despertamos”, “El funeral que nunca se acaba”, “La lenta muerte de la mente” y el de “Otro nombre para no decir loco o loca”. Por mi propia experiencia, debo añadir que no todo es tan trágico y lúgubre, puesto que, sin lugar a dudas, el cuidar a un ser querido enfermo de Alzheimer es la gran oportunidad para alcanzar un intenso desarrollo espiritual, una comprensión a la vida, incluso cósmica, que proporciona la práctica de la generosidad y bondad entre los seres humanos. El conjunto de las personas —esposos, esposas, hijos, nietos, hermanos— que han pasado por tales pruebas constituye una riqueza extraordinaria de corazones y mentes privilegiadas en el mundo. Aunque las formas sociales y económicas de la vida actual sabemos que no favorecen ni facilitan el realizar tales esfuerzos, ¡hay que lograrlos! Existen ayudas comunitarias y hay que saber encontrarlas y pedir las. Al cuidar a nuestros enfermos, adquirimos paciencia y coraje. A veces, incluso se llega a mejorar una posible desorganización familiar anterior.

Me mueve, pues, el impulso de contar mis propias experiencias para intentar ayudar a tantos familiares que como yo han pasado y pasan por tales prácticas, cuidados y dudas. En cambio, al comenzar a escribir para tratar de explicar “tal como en realidad han sido”, intuyo que no sabré hacerlo. Trataré siendo veraz y fiel a mí misma, de seguir un orden lo más didáctico, interesante y menos aburrido posible, para que no se

canse ni se confunda el que me lea y yo pueda obtener el resultado de apoyo, consuelo y empatía que pretendo.

No daré datos ni detalles científicos que no son de mi conocimiento ni me incumben. Sí daré las explicaciones más elementales que yo he necesitado conocer para entender algo la demencia que produce la enfermedad de Alzheimer. Expresaré dudas y ansiedades al paso de más de 14 años al lado de un enfermo muy querido —en mi caso, mi propio esposo— diagnosticado de padecer dicha demencia.

La enfermedad de Alzheimer no discrimina: ataca por igual a todos los seres humanos. En la actualidad, lo mismo ha herido a un presidente de los Estados Unidos en funciones, Ronald Reagan; que a la artista de cine Rita Hayworth, bella y joven en el cenit de su carrera. Pero es la misma enfermedad para miles de personas anónimas. Igual cae sobre profesionales, deportistas, campesinos, comerciantes, que sobre una pobre modista que dormita sobre la mesa en que corta la tela de un traje, se hiera con las tijeras y se clava alfileres en sus propias manos. Esta locura no elige sus amores y se presenta, si cabe, con mayor crueldad cuando ataca a mentes privilegiadas como la de una escritora y filósofa, Iris Murdock, en la flor de su creación literaria, o amarra en mentes como la de mi esposo, pionero en la investigación de los cánceres, que es el héroe de este libro y motivo de contarlo.

Introducción

En el transcurso de más de 14 años he cuidado a mi esposo diagnosticado de padecer demencia producida por una probable enfermedad de Alzheimer. Fue doctor en medicina y en bioquímica. Durante más de 55 años se dedicó íntegramente a la investigación médica, compartida con la enseñanza de la fisiología humana y de la farmacología.

Comenzaré el relato por el final, es decir, el tránsito de mi enfermo. La descripción de la muerte, en primer término, la realizo con egoísmo ya que así me sentiré libre lo antes posible.

En el anexo se recogen informaciones útiles sobre la demencia producida por la enfermedad de Alzheimer, además de otros extremos de carácter científico sobre dicha enfermedad, datos y direcciones que pueden ser de utilidad a las familias de las personas afectadas.

Conversaciones con mi esposo

DESENLACE

A 17 de septiembre de 1997.

Hace 14 horas que estás agonizando. Respiras. Los ojos cerrados. La boca abierta. Tu mano izquierda apretando la mía o, ¿soy yo quien aprieta y mantengo la tuya unida a la mía? Tu mano derecha la retiene nuestro nieto, sentado al lado de tu cama, quien a sus 18 años espera que tu alma pase a formar parte de la suya. Está convencido de que así será, lo cree, tiene fe: una forma de amor. Nuestra nieta llora con hipos contenidos, al igual que nuestra hija. Ellos tres son los que han estado largos años a nuestro lado, ayudándome al ayudarte. Los otros hijos, nietos y hermanos están más lejos, siempre juntos y también queridos.

Las cosas han ido poniéndose lentamente peor, si llamo “peor” al final de tantos lentos años. Agonizas y leemos. Agonizas y cantamos. Te digo con voz callada lo que dijo el poeta a la muerte de su amigo:

“Compañero del alma, compañero...” Descansa, digo yo. Nuestra hija te canta cantos que tú le cantabas de pequeña, los canta con voz débil, pero canta. Respiras. No estás solo ni siquiera en tu muerte que es sólo tuya, y siempre estás solo. Existe la muerte y no se conoce, ella no quiere a nadie a su lado. Premueres. ¿Qué miedo me brinda el escape? Seguimos hablando y seguimos cantando, mientras agonizas. Agarramos tus manos para que no te vayas, “nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar..” ¿Por qué si no oyes y a mí no me consuelan los versos, te los estoy diciendo? ¿Es que rezamos? ¡Da miedo vivir!

Estamos al norte del estado de Florida. El ventilador en el centro del techo de la habitación cuelga de un redondel de cobre labrado del tamaño de un platillo de postre. De vez en cuando levanto los ojos para ver la araña negra que asoma por el borde del plafón y que cuando miro se esconde. Sigo recitando, sigues respirando, sigo mirando al techo. Cuando hace tres días, de noche, postrada en mi cama antigua de matrimonio, colocada al lado de la tuya ortopédica con barandas de protección, vi por primera vez asomar a la arañuela negra —¡qué astuta en el oculto nido!—, la angustia afloró en mí: la araña te esperaba. Después de tantos años de permanecer 16 horas diarias postrado en cama y de otras pocas horas en silla de ruedas, durmiendo yo siempre a tu lado, no sentí angustia existencial hasta ver la araña negra.

Cubriéndote la cara con un ligero velo, eché desinfectante dentro del plafón, en el alto techo y con el ventilador en marcha. Cada noche sigue pendiente de mi mirada. Llevo tres noches sin dormir, ¡vigilándola!

Agonizas y ella asoma. Miro y se esconde. No digo nada a los míos. Te miro a ti, que no me ves. Desde el techo, asomando su negrura muy al borde de la arandela de cobre nos mira, ahora, a los dos. Te miro y no respiras. La boca sigue abierta. Un aura azulenca como una brisa rápida penetra tu rostro. Tu nieto exclama: “¡Está ya en mí, sentí el calor en mi mano y como un rayo llegó hasta mi corazón! ¡Lo tengo en mí!” La araña asoma entera, miro y no la veo. Todo quieto.

Nuestra hija cierra el botellón de oxígeno y aparta con mimo, como si tocara una flor, los delgados tubos de tu nariz. Quiero cerrarte la boca y no puedo, han sido muchas largas horas con ella abierta, ¡cuánto te ha costado irte! Como fuera, durante estos largos años en que solamente existías tú, escondido muy adentro, demostraste intensas ganas de vivir.

Ayudada por los nietos, comenzamos a vestirte. Me empeñé en ponerte el traje negro de difuminadas rayas blancas, de americana cruzada, de lana pura, en aquel país semitropical. La toga y el birrete con flecos amarillos de profesor. ¡Qué mal lo hice! ¡Pobre cuerpo! Tú, alto y fuerte de joven, eres un muñequito al

que con prisas y miedos puse los calzoncillos del revés: lo delante detrás, sin acertar a cambiarlos. Hace cuatro años que te fuiste, que te quemamos cubierto de rosas y muñecos blandos, y no hay un solo día en que no piense en ir —¿dónde?— a cambiarte los calzones, para poner lo delante, delante, que es donde debe estar. Sin lloros, las prendas a los muertos deben ir puestas. ¡Cómo pude hacerlo todo tan mal?

Durante años he estado preparado para tu muerte. ¿Puede, acaso, estarse preparado para la muerte? No hay palabra en ningún idioma, ni formada en el pensamiento, cuando llega a nuestro lado la crisis dolorosa que surge al ver a un ser querido morir. El médico certificó tu paso debido a una pulmonía. Ni remotamente ha sido responsable de la muerte el tipo de enfermedad de Alzheimer que dicen que sufrías:

—Esta enfermedad demencial no mata —consuela el médico—. Debilita y favorece la entrada de las dolencias que matan.

¿Quién puede entenderlo?

Preparado con años de antelación dentro del gran cajón de la cómoda, escrupulosamente arreglado, los documentos, los títulos universitarios, los premios que te daban tus estudiantes, ¡tus descubrimientos científicos! Los ochos cuadernos de tus diarios. ¡Todo al fuego!

—¡No, mamá! Nosotros lo guardaremos.

¿Cuántos años hacía que no llevabas chaqueta, camisa, corbata, que no te ponías la toga?

* * *

Nada es más impredecible que las variaciones del comportamiento de una mente que no responde ni se acomoda a las normas que rigen las sociedades formadas por los seres humanos. Al no saber comprender las mentes de estos seres, les llamamos DEMENTES.

Hiere, hasta lo más hondo, oír la palabra *demencia* que tanto se prodiga en un sentido despectivo, desfavorable y, ¡paradoja!, también como consuelo. Después de haber convivido largamente con un ser diagnosticado de sufrir una probable enfermedad de Alzheimer, una de las terribles *demencias* que azotan a los cerebros humanos, reflexiono si, en realidad, comprendemos al propio de cada uno y si es solamente el cerebro, como dijo el poeta, “una pobre química percedera”.

¿Cómo pretendemos juzgar los que nos consideramos normales a los que llamamos dementes? A los diferentes, incoherentes, lerdos, evasivos. ¿Hemos sido capaces de penetrar en su mundo? ¿Vemos lo que ellos

ven? ¿Pensamos lo que piensan? ¿Sentimos lo que sienten? ¿Existe lo que entendemos por belleza y fealdad en su mundo? ¿Hay sólo niebla en su existencia? ¿Son capaces de repetir sus visiones? ¿Poseen, tal vez, una intensidad mental sobrenatural? ¿Son sólo repeticiones eléctricas, sin conexiones? Locos, faltos de juicio, débiles mentales que sobran y, sin embargo, siguen estorbando allí y, sin embargo, les *vigilamos*. Sin embargo, los *cuidamos*, Amor. Conciencia. ¿Por qué?

Los que hemos pasado años al lado de uno de estos seres a los que una vez quisimos como enamorados y amigos, y con los que hemos permanecido queriendo seguir enamorados y amigos, nos hemos formulado, sin saber contestarlas, innumerables preguntas. Hemos sufrido las dudas. El amor y la amistad convertidos, con suerte, en paciencia como virtud, nos han ayudado sin contestarnos nunca.

Los hechos son los que importan, estos fueron como sigue:

COMIENZOS DE LA ENFERMEDAD. PUERTO RICO

Cuando pienso atrás, en el tiempo, con la idea de que al contar nuestras experiencias puedan, ya sea consolando o realmente ayudando a quien nos lea, resulta agobiante tratar de explicar con cierta elegancia, con algún asomo de arte, tan largo proceso de

deterioro. Y surge de nuevo la duda: ¿Deterioro de qué? ¿Qué es una mente normal?

Ahora, voy a contarte a ti, directamente, lo que hacías y veía. Sufría mucho hasta que me di cuenta de que tú sufrías mucho más que yo. ¿Cuándo me convencí de que te comportabas de maneras distintas? Hubo, sí, una primera fase de sospecha por mi parte, que se convirtió en lenta y cuidadosa observación de todos tus actos. Le llamo: “Periodo de incertidumbre.” En realidad, fue el espacio de tiempo que me ocasionó más sufrimiento interior.

Durante los casi 16 años que estuviste entregado a otra dimensión, aun sigo creyendo ahora, que estás entre el polvo de la Tierra, que reconocías siempre mi voz, mi tacto y que notabas de inmediato mi presencia. Me querías, no hay duda. Siempre me quisiste mucho. Tal certidumbre alejaba de mí la tristeza y el esfuerzo de cuidarte. Me mantuve firme a tu lado.

Sigamos recordando juntos. ¿Cuándo me di cuenta y tú te diste cuenta de que algo no marchaba igual que siempre? ¿Cuándo, en realidad, lo supe? Fue muy desorientador para mí. Insidioso. No notaba faltas en tu memoria que no hubieran sido *repeticiones* de distracciones que en ti eran habituales: “Son cosas de siempre”, decía para justificarlas. Tu memoria en sí había sido portentosa. Podías recordar, siendo profe-

sor, los nombres de cientos de estudiantes de medicina, relacionarlos con hechos de cada uno de ellos. La misma memoria tenías para tus lectores y para tus investigaciones sobre los cánceres.

No puedo, en cambio, idealizar tu carácter. No tenías, en general, paciencia ni tolerancia para los que convertían la ciencia en formas de poder, y no te privabas de estallar en furias contra otros, furias que al analizarlas siempre resultaban ser justas. Estabas dedicado a tus investigaciones médicas sin contar las horas encerrado en laboratorios, al día en todo lo relacionado con la investigación oncológica. Ante tal entrega se te perdonaban todos los arrebatos que, por otra parte, pasaban pronto, concentrado de nuevo en tu quehacer.

Más tarde, cuando por nimiedades te entraban principios de cólera, observaba con cierta aprensión tu frente, que por el mismo centro de la parte frontal parecían apretarla los parietales. La frente se encogía y oscurecía, surgiendo una ligera depresión. Tus huesos parecían moverse y que en lugar de arrugarse la piel, se arrugaban los huesos. Observando este fenómeno, esperaba que, al difuminarse de nuevo, se pasara tu rabia. Observando, callaba: temía que si hablaba estallara tu cerebro.

Decía que tales arrebatos que surgían en ti ante las injusticias con las que tropezabas en tu camino, eran

herencias del abuelo materno, temido por todos los familiares y también por los trabajadores a su servicio. Decías que en ti eran solamente arrebatos de indignación que podías dominar, pero que en tu abuelo eran formas de poder. Sin embargo, en el trato conmigo y con tus hijos, siempre fuiste muy cariñoso.

¿Recuerdas? Vivíamos, por entonces, los dos solos en casa, emancipados los hijos y mudados desde los Estados Unidos a Puerto Rico, en donde habías sido cofundador de una escuela de medicina estadounidense, con la promesa de poder seguir tus investigaciones de cáncer. Fue algo muy difícil el querer conseguir realizar investigaciones en aquella isla, cosa que te hundía en una depresión. Notaba que, al estar dominado por la indignación del desinterés científico que te rodeaba, era cuando tu frente se encogía. Algo notabas de lo que te ocurría físicamente, puesto que te levantabas y salías fuera de la casa. Desde el jardín pasabas al campo. Permanecías más de una hora caminando con rapidez por entre el campo de la cerrada urbanización de profesores universitarios y regresabas. Al regreso, te ibas directamente a la cama, sin saludar. Estos sucesos ocurrían al atardecer, casi de noche. Yo solía estar viendo la televisión, esperando inquieta tu regreso, disimulando cuanto podía lo que te estaba pasando. A veces, me embargaba la aprensión y no me tranquilizaba hasta sentirte dormido. Tanto tú como yo sabíamos que *algo* andaba mal con-

tigo. Y tanto tú como yo tratábamos de escondérselo. Fue un periodo bastante largo de disimulos y temores.

¿Sufrías una depresión? No lo sé. Reaccionabas con gran dominio interior. Resististe graves inconvenientes y disgustos que siempre te rodearon en el trabajo. Idealizada la investigación médica, que era para ti una total entrega, una vocación, tu verdad absoluta. Realizabas esfuerzos hasta el límite de la resistencia intelectual y física.

Observaba frecuentes ataques de ansiedad. Al cruzarnos por los recovecos de la casa, me mirabas casi con odio. Yo disimulaba, te sonreía. Aunque por dos veces, tuve miedo de una posible agresión, pero enseguida te apartabas, te encerrabas y nada ocurría. Oías mal, había que repetir varias veces las mismas cosas, contarlas con sumo cuidado.

Decidimos visitar a un otólogo al pensar que estabas volviéndote sordo. La experiencia con el otólogo, un mediocre médico neoyorquino residenciado en Puerto Rico, fue el primero de una serie de desengaños médicos que se sucedieron. Fuimos varias veces a su consulta y fueron varias las pruebas que realizó. Al darnos de alta dijo que lo que te ocurría era que confundías vocales y consonantes. Es decir, oías perfectamente, pero la confusión podía ser debida al hacerte pruebas con vocabularios del inglés, siendo de ha-

bla española. No comprendí bien, pero tú aceptaste su estudio y aceptaste también el que te recomendase audífonos. Si no eras sordo, ¿necesitabas audífonos? Pero te gustó el que te los facilitase iguales a los que usaba, por entonces, el presidente Reagan. Eran pequeños, elegantes, casi invisibles y muy caros. ¿Estaría ya dicho señor en el umbral del Alzheimer? Recuerdo que su esposa Nancy, en el segundo término del mandato de su marido, estaba siempre en público al lado suyo, con frecuencia cogida de su brazo. En cambio yo, ilusa de mí, que era capaz de detectar la enfermedad de un presidente de los Estados Unidos, era incapaz de reconocerla al verla ir formándose ante mis propios ojos. Lo de los audífonos fue un gasto inútil, jamás los usaste. Te molestaban de inmediato y te entretenías sacando y recolocando en ellos un pequeñísimo sensor.

Al otólogo le sucedió el dentista. Fueron varias semanas de visitas, a ti que poseías la dentadura intacta. Cada visita era con la excusa de un diente que te molestaba. El dentista, de tu misma escuela de medicina, estaba cariñoso y paciente contigo. Este trato te agradaba mucho.

ENFERMEDADES DURANTE LA DÉCADA DE LOS 80

1. Fractura del fémur de la pierna derecha y rotura del músculo. En 1982, al salir de una conferencia que

diste, resbalaste en un charco de aceite. La pierna derecha se hinchó como un balón de fútbol. Operación. El cirujano dijo que te había dado más de 400 puntos. En las semanas que siguieron para tu recuperación, estuviste alegre y resignado. Leías y estudiabas continuamente. Comías y descansabas muy bien.

2. Año 1984. ¿Recuerdas? Dijiste que notabas algún coágulo de sangre al orinar. Apareció sangre en la orina.

Colonoscopia. El gastroenterólogo amigo y compañero, médico competente, diagnosticó pólipos intestinales y aconsejó que consultases a un afamado especialista de Nueva York, el cual después de estudiar-te, indicó que había que extirpar los pólipos del colon. Te operó en Puerto Rico un buen cirujano y compañero de la Escuela de Medicina. Te eliminaron un gran trozo de colon que contenía unos 15 pólipos. Dos de ellos mostraron pedúnculos cancerosos. Te sometiste a una revisión anual, siempre con el especialista de Nueva York. Se encontraron dos nuevos pólipos. En la colonoscopia, realizada de nuevo en Puerto Rico, algo ocurrió con la anestesia y no pudieron proseguir la operación. No nos aclararon lo que sucedió con tu respiración, pero permaneciste en cuidados intensivos durante 2 días. El anesthesiólogo nos visitó con frecuencia tratando de animarnos y de convencerme a mí de que dentro del susto que les diste

en el quirófano con la anestesia, podíamos estar contentos de que siguieras a mi lado, vivo. No dijo nada de las dificultades cerebrales que la falta de oxigenación y de riego sanguíneo pudieran haberte causado.

Herpes zoster. En 1986 sufriste el martirio de un herpes zoster. La inflamación se extendió con numerosas vejiguillas por el recorrido de un nervio desde el esternón, por debajo del brazo izquierdo, hasta el centro de la espalda. El dermatólogo recetó un fuerte relajante muscular, además de antiinflamatorios y analgésicos. Estabas con gran irritación y de muy mal humor, cosa achacable al molesto dolor y gran incomodidad que sufrías. Tú mismo cuidabas de medicarte y no me di cuenta de que ingeriste varias tabletas del analgésico de una sola vez. Estoy convencida de que la sobredosis te sumergió en un fuerte nerviosismo. En pocos días noté en ti una acusada falta de memoria, de dificultad en el hablar y gran inseguridad a automedicarte. El herpes fue grave. Indiscutiblemente, la fuerte medicación y la sobredosis precipitaron el desequilibrio en el que estabas entrando.

Convaleciente aún del herpes, me pedías continuamente cosas, apuntes tuyos, que yo desconocía, réplicas escritas de los inventos que estabas haciendo. En medio de un almuerzo, pides que de inmediato alcance arriba de un alto armario, una maletita vacía en la

que te empeñas que están guardadas las notas y croquis de “la aguja transparente” que, para dar inyecciones en vena, estás discurrendo. Te digo que recuerdes que en la maleta no hay nada, y que está guardada por estar vacía.

—¿Nada? ¿No hay nada? ¿Estás segura?

—Sí —contesto con firmeza.

Me miras y guardas silencio. Al cabo de un gran rato, dices:

—Bueno... Por ahora no tiene importancia que encuentre eso.

¡Ya vendrás!

Después de sufrir el herpes, no regresaste más a los laboratorios que tenías en la Escuela de Medicina. El decano no acusó oficialmente tu ausencia. Nadie dijo nada. Simplemente seguías estudiando y haciendo inventos en tu despacho de casa. Para el personal docente y para los estudiantes, eras todavía “el sabio profesor” que continuabas estando enfermo.

¿Recuerdas? Te sugerí la conveniencia de que el decano, que era a la vez tu médico de cabecera, te sometiera a una buena revisión física. Temía el crecimiento de nuevos pólipos, a la vez que tu comportamiento era cada vez más excéntrico e inesperado. El decano aconsejó que siguieras en vacaciones y ante